TE COMPARTO LO VIVIDO

UN JOVEN. UN TESTIMONIO. UNA MISIÓN

MARTIN FERNANDEZ HILEMAN

Te comparto lo vivido

Un Joven. Un Testimonio. Una Misión

1ª EDICION

Martín Fernández Hileman

Fernández Hileman, Martín Gustavo
Te comparto lo vivido, un joven, un testimonio, una misión.
- 1a ed. - Tigre: Martín Gustavo Fernández Hileman, 2016.
Libro Digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-42-0986-3
1. Juventud. 2. Espiritualidad. 3. Misiones. I. Título.
CDD 238.2

Título Original: Te comparto lo vivido
Autor: Martín Fernández Hileman
Diseño de Tapa: Valentina Gifuni Hileman
Foto de tapa: Antofalla, Catamarca, Argentina

1ª edición: junio de 2016, Año del Bicentenario de la Independencia de la Patria Argentina, Año Santo de la Misericordia y Año del Congreso Eucarístico Nacional.

Sin valor comercial. Se ofrece a voluntad.
Todo lo recaudado se destina al sostenimiento económico de la Misión Eucarística x Argentina.
Permitida su reproducción total o parcial.

Este libro está dedicado especialmente a vos
que buscás la verdad de corazón, deseás ser profundamente
feliz, sentís pasión por la vida, y querés responder con
mucha alegría, entusiasmo y generosidad a la propuesta,
invitación y llamado de Dios.

Prólogo

Cuando parece que todo en esta vida es hacer y tener, apareció Martín con su carisma. Yo era por aquellos años capellán del Colegio Cardenal Copello de Punta Chica. Habíamos organizado un retiro para los alumnos y a la rectora, Laura Loyola, se le ocurre traer a este joven Martín para hablar acerca de la Adoración Eucarística. Admito que unos años antes me había enterado algo de este movimiento por medio de un gran apóstol y amigo Julián Ganzabal. Total que conocí a Martín Fernández Hileman.

Toda mi vida me cautivó la Adoración a Jesús. Desde niño ansiaba cada primer viernes para adorar al Santísimo. Mucho no entendía pero sabía que ahí estaba y está Dios. Mucho influyó mi abuela Nélida y mi confesor, el padre Roberto.

Cuando conozco a Martín no puedo creer el amor, la devoción y el respeto que tiene a Jesús en la Eucaristía. Y más aún, abandonar su exitosa vida en el mundo de las finanzas por el sólo hecho de promover el amor a Jesús sacramentado.

Efectivamente me encontraba delante de un joven apasionado, que no medía lo que perdía en el mundo y que estaba jugándose todo por el Todo, Jesús. Buscaba antes que éxito, virtud. Cuando todo el mundo habla de hacer, cuando se mide la eficacia de una parroquia por cuantos pobres atiende, Martín nos invitaba a rezar y luego, mucho después a realizar o hacer cosas.

Esto es lo genial. Si el cristiano hace pero no reza se transforma en un activista que pierde el sentido profundo del Evangelio, que no es asistir en lo material sino es fortalecer el alma. Darle un sentido a la vida, llenarla de esperanza. Y esto se logra rezando. Mas aún Adorando, poniendo lo que soy ante Jesús de la manera que Él quiso quedarse, como alimento. Adorar a la Eucaristía es adorar a Jesús en la forma que Él quiso quedarse entre nosotros hasta que lo veamos en el cielo.

Por eso haber compartido la pasión de un laico como Martín, joven, exitoso, genial surfista, dejando todo para promover por el mundo las capillas de Adoración Eucarística, me reavivó la fe y me confirmó aquello que me motivó a seguir a Jesús: poder celebrar la Misa, bajar a Jesús para darlo como alimento y adorarlo.

Pbro. N. Martín Panatti
Cura Párroco de Ntra. Sra. del Buen Consejo
- Arquidiócesis de Buenos Aires, Argentina -

Quien lea este libro seguramente va a sentir que Martín lo escribió especialmente para él. Es un mimo para el corazón, un regalo para el alma.

Elijo una frase que quedó resonando en mi corazón: "… lo que hoy vivo es distinto. Ya no la vocación como una etiqueta o un status, sino como el descubrir lo que Dios te propone en el día a día."

Este testimonio es una invitación a reencontrarnos con Jesús vivo en la Eucaristía y dejarnos guiar por Él para disfrutar "del pequeño llamado de cada día."

Mariano, Elenita y Felipe (bebé), familia joven
- Mendoza, Argentina -

Queridos amigos se llena de alegría mi corazón por la publicación del libro "Te comparto lo vivido". Cada vez que lo leo descubro una nueva invitación de Dios, una propuesta que también va surgiendo en mi vida.

La historia de vida que nos comparte Martín me ayuda a disfrutar de Jesús vivo en la Eucaristía. Y me anima a confiar plenamente en las propuestas de Dios que van resonando en mi corazón, impulsándome a afrontar los desafíos con esperanza, siendo fiel en lo pequeño.

Dios hace nuevos los corazones de todos los que nos animamos a caminar con Él, lanzándonos a amar a los hermanos. ¡A disfrutarlo!

Noelia, madre de 4 hijos
- Concepción, Tucumán, Argentina -

Leí este testimonio con mucho interés. El estilo súper descontracturado me dio la sensación de escuchar a un amigo contar anécdotas. ¡Felicitaciones!

Intuyo que se viene un tiempo en el que hombres y mujeres comunes vivan una espiritualidad encarnada y sin temor a que se transparente la obra que Jesús hace en sus vidas.

¡Gracias por tu testimonio y docilidad al fuego del Espíritu! Con el poder del Ruaj de Dios se implantará en nuestra Nación una cultura Eucarística y "su Reino no tendrá fin".

Ezequiel, joven seminarista
- Río Cuarto, Córdoba, Argentina -

Te comparto lo vivido es sin duda alguna un libro escrito y pensado con todo el amor a Jesús vivo presente en la Eucaristía. Y sólo la persona que tiene amor, entrega amor. Sus páginas tienen historias de personas sencillas pero ricas en tener amor a la Eucaristía.

Este será el primer libro de otros tantos que vendrán. Gracias Martín por contagiar a esta ciudad tu amor al Santísimo. ¡Que Dios bendiga tu vida!

Karina, coordinadora de la Capilla de Adoración Eucarística Perpetua
Ntra. Sra. del Milagro. - Embarcacion, Salta, Argentina -

Hermosa experiencia de la búsqueda de la voluntad de Dios, en un camino de luchas, desprendimientos y decisiones interiores. Y en un momento determinado, encontrarse con el amor de Jesús Eucaristía, que le decía: "¡Martín, te invito a compartir esta vida nueva de adorador, para crecer en la intimidad de mi amor!"

¡Gracias, Señor, porque le diste a Martín la confianza de decir "sí" en este llamado!

Pbro. José D. Zabaleta - Cura Párroco de Ntra. Sra. de Pompeya
Asesor del Equipo Diocesano de la Misión Eucarística x Argentina
- Concordia, Entre Ríos, Argentina -

Gracias Martín por tan hermoso testimonio. Transmite el amor de Jesús y acrecienta el poquito amor que uno puede tener por Jesús en comparacion al que Él nos brinda a diario. Cada capítulo de tu libro me llegó al corazón, sobre todo el testimonio de la familia hippie. Cuánta fe.

Quería también por este medio agradecerte por crear la capilla de adoración aquí en Ushuaia. Hace cuatro años que soy adoradora y me parece increíble estar diciendo esto. Nunca pensé durar tanto. Y hoy me parece imposible no asistir a ese lugar. Es muy necesario ese espacio. Ahí entro y aunque sean muchas las preocupaciones que tenga, al salir siento una gratitud y paz inmensa.

Qué bueno que pudiste dejar todo tu éxito personal y ponerte al servicio. Digno de admiración. Muchas gracias por tu humildad y por difundir todo esto con tanto entusiasmo y de manera tan simple. Gracias miles. Navego mar adentro y echo redes.

María Luisa, casada con 2 hijos
- Ushuaia, Tierra del Fuego, Argentina -

"Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente" Jn 6, 51

En medio de un mundo hambriento de sentido y de verdad aparece Martín, un joven que al encontrarse con Jesús descubre un camino de profunda felicidad. Esta buena noticia no podía quedar encerrada en su corazón y por eso decidió compartirla.

Allí nace un largo camino de entregarse y entregarlo al Señor, para que otros, jóvenes y mayores, puedan llenarse de esa misma Paz y Luz que sólo se obtiene a los pies de Jesús vivo y presente en la Santísima Eucaristía.

¡Gracias Martín por llenarnos de vida con tu testimonio!

Pbro. Sebastián Sardo
Encargado del Espacio Joven del
Congreso Eucarístico Nacional Tucumán 2016
Delegado de la Pastoral de Juventud,
- Arquidiócesis de Tucumán, Argentina -

Este es mi regalo

Y cómo contarte lo que viví en aquellos años de mi vida. Me costaría hacerlo en pocas palabras. Habría tanto para decir. Imagino por dónde empezar, pero intuyo que va a ser difícil terminar. Porque no hay fin. Hay un primer capítulo quizás, en este primer libro que hoy nace. Escribiré para cada uno de ustedes. Este será mi regalo.

¿Cómo resumir e intentar plasmar las vivencias del corazón? ¿Cómo pintar en palabras hechos que marcaron a fuego mi vida? Difícil tarea, pero acepto el desafío. ¡Y acá voy!

Una invitación

Si nos encontráramos uno de estos días para conocernos y compartir la vida, me encantaría contarte lo que viví en estos últimos años. A partir de ahí, seguramente te surgirían algunas preguntas e inquietudes.

¿Qué te motivó a hacerlo? ¿Cómo fue? ¿Se te apareció Dios y te hizo aquella propuesta? ¿Qué sentiste? ¿Cómo te animaste? ¿No tuviste miedo? ¿No sufriste? ¿Pediste consejo a alguien?

Tantas preguntas, para una sola respuesta. Me corrijo, para un intento de respuesta. Para responder según mi testimonio personal, y no el de otra persona. Sólo eso, mi testimonio.

Te empezaría diciendo que Dios me sorprendió y de qué forma. Realmente no creía que Dios podía sorprenderme. De hecho, en ese entonces creía que prefería más bien castigarme. Pero la realidad es que me sorprendió totalmente y lo sigue haciendo. ¡Y vaya que lo sigue haciendo!

Había terminado de cursar la carrera de economía y comencé a trabajar en una consultora financiera. Sí, lo que escuchaste, en una consultora financiera. Allí todos festejaban mis logros y mi progreso. Y eso hacía que mi autoestima subiera un poquito.

Me tocó vivir de lleno la crisis económica-financiera del 2008-2009 en la cual se pensaba que todo el sistema financiero internacional iba a quebrar. Pero en fin, eso ya suena muy distante. Pasaré a lo importante.

Recuerdo ahora, que los momentos más fuertes de mi vida, habían tenido lugar en adoraciones eucarísticas. Sí, al encontrarme con Jesús vivo. Quizás el término adoración eucarística, más bien teológico, logra quitarle vida a la realidad tan maravillosa que es poder estar con Jesús.

¿Y por qué te cuento esto? Porque en mi caso, estos momentos de encuentro con Jesús vivo fueron decisivos. Y son decisivos en mi día a día. Y vaya si lo son.

En cada una de estas adoraciones eucarísticas mi corazón explotaba de felicidad. Experimentaba el fuego del amor de Dios que quemaba todo mi ser. Empapado en lágrimas terminaba. Sentía el perdón de Jesús. Su misericordia. No me alcanzaban los pañuelos ni la remera para secar tantas lágrimas. Algunas de dolor, otras de sufrimiento, otras de vacío. Y siempre corrían lágrimas de gozo, de una paz que nunca había experimentado. Y no una paz de

ausencia de conflictos, sino una paz que inundaba mi ser y me dejaba alegre y sereno.

Recuerdo muy especialmente una adoración de jóvenes en una misión de Schoenstatt. Cómo olvidar cuando el sacerdote brasileño comenzó a recorrer el gimnasio con Jesús en la custodia. Éramos muchísimos jóvenes. Yo no paraba de llorar. Fue quizás en ese momento cuando el fuego del amor de Jesús me incendió el corazón por completo.

En aquellos momentos, no tenía idea que se trataba de Jesús vivo. Nos decían que íbamos a ser un rato de adoración. Era así como bien confuso. Quizás la que estaba confundida era mi mente. Pero mi corazón se dejaba llevar por ese torrente de vida y amor que brotaba del corazón de Jesús.

Y sin saberlo, Jesús aprovechaba cada uno de esos momentos para abrazarme. Para secar mis lágrimas de dolor. Para ser mi consuelo. Para sostenerme en sus brazos y animarme a seguir adelante. ¡Gracias Jesús! Me fuiste atrayendo cada día más hacia vos.

En esas adoraciones, se me ocurre que Jesús fue de a poco hablándome al corazón. Suavemente, como sólo Él puede hacerlo. Con una dulzura impresionante. Él bien sabía que yo necesitaba esa ternura, ese ir bien despacio, ese calmar mis miedos. Jesús me iba conquistando y se iba ganando un lugar cada vez más grande en mi corazón.

Luego empecé a tener mi encuentro semanal con Jesús. Iba a la parroquia, Niño Jesús de Praga en la localidad de Acassuso. Había adoración eucarística entre semana, desde la mañana hasta la tarde.

Allí recuerdo con mucha alegría, las veces que llegaba a la capillita con tantos miedos que me paralizaban. Y que luego salía renovado. Jesús iba apagando mis temores y angustias. Y aquellos vacíos en mi corazón, Él los iba llenando de a poquito. Y no de a poquito porque Él quisiera hacerlo así, sino que de a poquito porque así yo lo necesitaba. Y así, día tras día, me iba animando a abrirle más pedacitos de mi corazón a Jesús.

Fue en esa capillita que empecé a pensar en la idea de hacer una experiencia distinta. Bueno, no es que se me haya ocurrido a mi. Era más así como una inspiración de Dios, un llamado, una invitación. Siempre me había quedado con las ganas de hacer un intercambio a una universidad extranjera, pero nunca lo había hecho. Quizás porque no me animaba. Quizás porque Dios no lo tenía en sus planes.

Y comencé a jugar con la idea de hacer un viaje a Europa. Y eso me resonaba con mucha fuerza en el corazón. Lo sentía como algo que tenía muchas ganas de hacer. Pensar en ese viaje me traía mucha alegría y una sensación de desafío muy grande.

Viajar era para mí la sensación de independencia, de libertad, de acostarme más tarde, de no sufrir los horarios del colegio y de más libertades a la hora de salir con amigos. Y en mi caso, el disfrutar de la playa y el mar de Pinamar. El mar y su eterno fluir, la playa y su horizonte infinito.

Hasta ese entonces, nunca había tomado grandes decisiones en mi vida. De hecho, casi ninguna. Había elegido estudiar economía, si bien cuando lo hice, no sabía bien lo que me gustaba. Quizás esa había sido la decisión más grande de mi vida hasta ese entonces. La carrera, la profesión.

De hecho está que no me gustaba tomar decisiones. No quería afrontar nuevos desafíos. Prefería la estructura, lo conocido. Me aterraba lo nuevo. Me daba hasta pánico. Mis inseguridades se veían reflejadas muy de golpe a la hora de tener que afrontar las nuevas etapas de la vida.

Con lo cual, la idea de hacer un viaje implicaba tomar una decisión. Sí, una decisión. Tamaña decisión. Y eso me daba mucho miedo.

Tiempo de búsqueda

Además del viaje a Europa, también me surgían las ganas de hacer una experiencia de discernimiento vocacional. En ese momento, la vocación era un tema que me angustiaba mucho. Lo veía como una carga. Como un monstruo de mil cabezas que me quería comer.

Era un tema que no se podía tocar y que me hacía sufrir mucho. Luego descubrí el por qué. Bueno, descubrí es una forma de decir. Creo que es mucho más cierto decir que Dios me fue ayudando a entender el por qué. Pero de eso hablaremos más adelante. Perdón por el inevitable suspenso.

En síntesis, la propuesta de Dios parecía ser una suerte de experiencia de libertad, independencia y discernimiento vocacional. En otras palabras, tener el coraje para tomar una decisión, sentirme libre de hacerlo, y ver si mi camino pasaba más por la vida consagrada (ser cura o monje) o no.

En aquel entonces creía que para ser santo y entregar toda mi vida a Dios tenía que entrar al seminario o irme derechito a un monasterio. Sí, sólo esas dos opciones. Nada más. Y realmente así lo pensaba. Además casi todos los grandes santos de la Iglesia habían sido sacerdotes o hermanos franciscanos, dominicos, jesuitas o salesianos. Prácticamente todos los grandes santos de estampita no habían tenido mujer e hijos. Igualmente, algo me hacía ruido.

Sentía entonces que la vida consagrada era la única forma de amar más a mis hermanos, de entregar toda mi vida a Dios y de dejarlo todo. Y como si la opción de ser padre de familia fuera como una segunda opción, de menor calidad, de menor entrega y de menor amor a mis hermanos. Lo veía como un fracaso, algo así como un "y bueno, no me animé".

Y no entendía por qué tenía esas ideas y pensamientos. Ahora creo entenderlo mejor. Quizás vos también compartías esa visión más reduccionista, más rígida, más popular y por defecto. Pero quizás tampoco te sentías del todo bien con esa idea y quizás había algo en tu corazón que te indicaba que no era tan así.

Y sentía también que la vocación era algo así como el último casillero del tablero de un juego. Como el final de la historia. Toda la vida en pos de descubrir si Dios te llama a ser padre de familia, cura o monje. Y cuando lo descubrís, ya podés descansar. Ya dejaste en el suelo aquella pesada mochila que te estaba agotando, que te estaba lastimando.

Te cuento que lo que hoy vivo es distinto. Ya no la vocación como una etiqueta o un status, sino como el descubrir lo que Dios te propone en el día a día. Y solamente eso. Nada más que eso. Y nada menos. Y no entonces sentir la tristeza y la frustración hasta no descubrir el llamado, sino disfrutar del pequeño llamado de cada día.

Y fue ahí cuando me di cuenta que además la vocación va cambiando con el tiempo. No es estática, sino dinámica. Es cierto que hay un estado de vida pero también es cierto que ese estado tiene una vida y una dinámica permanente. Y creo que es así porque Jesús está vivo. Y la vida es cambio, novedad y desafío.

A todo esto, no deja ser lo que yo pienso y vivo al respecto. Espero te ayude.

Volviendo al ruedo, mi gran capacidad de entonces para negar la realidad, hacía que intentara tapar y apagar ese profundo anhelo del corazón que me invitaba a realizar aquella experiencia. Hacía grandes esfuerzos para justificarlo. Quizás, en otro momento, más adelante. ¿Cómo puedo abandonar a mis compañeros de trabajo? ¿Cómo decirle a mi jefe que iba a renunciar, cuando él había confiado tanto en mí?

Y muchas otras preguntas más. ¿Qué pasaría cuando volviera? ¿Podría volver a trabajar con ellos? Tantos interrogantes que no podía responder. Me abrumaban e hipotecaban una decisión.

La realidad era que a mí me gustaba mucho mi trabajo. Lo disfrutaba. Adrenalina en el ambiente. Mercados. Acciones. Bolsas. Velocidad. Drama. Euforia. Pánico. Muchas sensaciones juntas para un sólo trabajo. El potencial de crecimiento era enorme. Hasta había viajado ya a Suiza a conocer la industria bancaria.

Mi jefe había depositado mucha confianza en mí. Era su mano derecha, y el probable heredero de todo aquel negocio. Digamos que si seguía trabajando allí, mi futuro económico estaba resuelto para toda la vida. Jamás iba a tener un problema de dinero. Y no sólo eso, sino que probablemente iba a disfrutar de un bienestar material muy grande. Y además me gustaba lo que hacía.

En fin, había que tomar una decisión. Seguir haciendo lo que me gustaba y lo que todos esperaban de mi, o seguir a mi corazón y animarme a hacer un cambio grande en mi vida.

Me enojaba con Dios a diario. No entendía por qué me estaba pidiendo una cosa así. ¿Por qué yo? Si estoy muy bien donde estoy. Y le hago bien a

mucha gente. Disfruto mi trabajo, salir con amigos, hacer deporte, rezar, ayudar en proyectos sociales. ¿Por qué a mí?

Un buen amigo

Cuando ya parecía que la decisión era no tomar ninguna decisión, allí apareció un gran amigo.

Esos amigos en Dios, hermanos en Jesús e hijos del mismo padre Dios. Ese amigo que es aquel tesoro que uno no encuentra con facilidad. Ese amigo que escucha y que sufre con uno. Que festeja las alegrías y llora con nuestra lágrimas.

Nos juntábamos muy seguido en ese entonces. Iba a mi casa y nos quedábamos charlando de tantas cosas.

Hasta que un día cometí el error de contarle sobre esa propuesta de Dios. Sí, cometí el error. Le conté sobre el viaje a Europa y la experiencia de discernimiento vocacional. Él escuchó en silencio y comenzó a ayudarme sin que yo me diera cuenta.

Menos mal que me ayudó sin que yo me diera cuenta. En aquel entonces, me costaba muchísimo pedir ayuda. Creía que yo todo lo podía. Que si me esforzaba podía lograr lo que quisiera. La realidad era que así había sido educado. En el deber ser. Tengo que ser el mejor hijo. Tengo que ser el modelo de comportamiento para toda mi familia. Tengo que ser el abanderado y el mejor promedio. Tengo que ser el mejor deportista. En esa autosuficiencia heredada de la familia y tanto aplaudida por el mundo, me encontraba sin saberlo. No la elegía concientemente. La vivía por inercia.

Y eso sumado al perfeccionismo. No podía fallar. Tenía terror al fracaso. A no cumplir con las altas expectativas de los demás. No podía tolerar equivocarme. Lo sufría, y mucho. Sentía que el mundo se me venía encima y me aplastaba. Guarda, no es que ahora sea perfecto, sino que gracias a Dios y al testimonio de tantas personas estoy aprendiendo a vivir sin esa sobre exigencia tan agobiante. Y ahora me puedo reír de mis errores. Y saber que puedo equivocarme y eso me hace humano. Ahora puedo respirar. Antes tenía que llevar una carga muy pesada. Ahora voy más liviano, más frágil, más limitado.

Al recordar todo aquello, quiero agradecerle a mi Padre Dios por haber sido tan paciente conmigo. Por haber respetado mis tiempos. Por tratarme con tanta dulzura y delicadeza. Por haberse acercado a mi corazón de a poco, sin hacer ruido, en la humildad de la pequeña Eucaristía.

Aquel amigo fue una gran ayuda. Dios me fue acompañando y me ofrecía, a través de mi amigo, una oportunidad muy grande de compartir mis miedos. Y no a través, como si mi amigo no fuera conciente de ello o fuera un mero títere, sino que con mi amigo. Dios y mi amigo ayudándome. Un equipo. Una comunidad al servicio de otro hijo de Dios. Un equipo que iba a terminar saliendo con la suya.

Me acuerdo de estar sentado en el quincho de la casa de mis padres charlando con él. Allí me animé a contarle todo lo que me pasaba, lo que me tenía mal, lo que me hacía sufrir y lo que me pesaba en el corazón.

Y él con mucha paciencia, misericordia y dulzura fue invitándome a que afrontara mis miedos y mis excusas infantiles. Fue doloroso todo aquel proceso. Era enfrentarme al qué dirán. Era cometer la locura de dejar un trabajo que me daba seguridad. Todos aplaudían a aquel muchacho inteligente, capaz, responsable y trabajador. ¿Qué iba a ocurrir cuando les dijera a todos que dejaba aquel trabajo y me embarcaba en una cuasi-locura? De sólo pensarlo, ya me angustiaba.

A todo esto, el equipo conformado por Dios y mi amigo iban de a poco, y muy sutilmente, ganándole terreno a mis miedos. La idea de una libertad desconocida iba asomando su hocico lentamente. El tomar una decisión radical se iba ganando mi cariño. El decidir afrontar mis miedos vocacionales se hacía cada vez más real.

El viaje a Europa era una gran motivación. Hacía tanto que quería conocer París. La había visitado en tantos libros. Tenía ya muchas ganas de embarcarme en aquella aventura en el viejo continente. Empecé a armar el itinerario, averiguar pasajes, hostels, horarios de los trenes y recorridos. Lo disfrutaba mucho, era mi viaje soñado.

La posterior experiencia de discernimiento vocacional no ocupaba tanto mi agenda. Era un proyecto más intangible, más idealista. No podía ponerlo en acción. No sabía por dónde empezar. Empezaron a surgir distintas alternativas. Seminario, monasterio, misión. No sabía bien qué era lo que Dios me estaba proponiendo.

Allí fue cuando sentí el deseo de conocer lo que mi tío sacerdote estaba haciendo. Nos había contado que estaba misionando en México y abriendo unas capillas de adoración eucarística perpetua. Sí, al parecer eran unos oratorios que estaban abiertos las 24 horas del día, todos los días del año. Nos contaba que para armar las capillas, habían personas que se anotaban y se comprome-

tían a pasar una hora semanal con Jesús, vivo y realmente presente en el Santísimo Sacramento.

Entre todas aquellas personas que se anotaban se iban cubriendo los distintos horarios con el objetivo de lograr que siempre hubiera una o dos personas con Jesús. Y gracias a que habían personas comprometidas en cada hora, las capillas podían estar siempre abiertas para que todos pudieran encontrarse con Jesús. Es decir, que había personas que se anotaban en la madrugada. ¡Qué locos!

Decidí entonces encontrarme con mi tío para conocer más sobre aquella misión y comentarle la propuesta que Dios me estaba haciendo. Seguramente él me podía ayudar. Estaba seguro de que así sería.

La primera desilusión

Y así lo fue.

Si bien fue distinto a lo que me imaginaba. Después de hablar con él, me surgió con fuerza la idea de hacer una experiencia en aquella misión. Es decir, ver lo que hacía mi tío y ayudarlo en lo que pudiera. Desde ya que siempre y cuando fuera en México. Tenía muchas ganas de conocer un país nuevo y a su gente. Y además me divertía y atraía mucho el poder hacer surf en las playas de Acapulco y otros destinos. Sí, me apasiona el surf.

Guau. Qué viaje soñado. Un mes viajando por Europa, y después tres meses de surf y experiencia misionera. Era increíble. Cada vez sonaba más irreal. La motivación era gigante. Los miedos a dejar mi trabajo empezaron a disminuir y con ello la decisión se hacía cada vez más cercana.

Te cuento que me costó muchísimo afrontar la decisión en mi trabajo. Reunión con mi jefe. Reunión con todos los socios. Reunión con cada uno de mis compañeros. Fiesta de despedida. Palabras de agradecimiento. Palabras de reconocimiento. Emociones diversas.

A todo esto, el viaje a Europa ya tenía comprado pasaje. Y con ello el Dios que tanto me conoce, sabía que esa era la puerta de entrada para que me animara a algo más.

Pero un buen día estando en el trabajo, y a pocos días de renunciar, me llama mi tío y me cuenta que no iba a ser necesario que fuera a México. Habían empezado a trabajar en la Argentina, y estaban surgiendo muchos pedidos de capillas, especialmente en la zona de Cuyo, en Mendoza y San Luis.

Te imaginarás mi cara de decepción al teléfono. La imagen que me había hecho de surfear en las playas de Acapulco se vino a pique. Ya no era la experiencia misionera que había soñado.

En fin, tras enojarme y descargar la bronca, terminé aceptando la realidad. Quizás se abría alguna capilla en Mar del Plata o en algún otro país y ahí se iban a cumplir mis ganas de misionar y hacer surf. ¿Y por qué no?

No me sueltes la mano

Me dan muchas ganas de contarte sobre mi viaje a Europa. ¡Qué ganas de compartirte las fotos e historias! Seguramente no vas a poder creer que haya viajado tan sólo 2 meses y haya recorrido 25 ciudades europeas. Era demasiado.

Paréntesis. El lector minucioso se habrá dado cuenta que dije 2 meses, cuando la propuesta inicial había sido de un mes. Y sí, cambié de planes. Me animé a hacerlo en medio del viaje. Lo definido, las estructuras, los itinerarios fijos y preestablecidos, comenzaban a derribarse. Empezaba a pregustar esto de la libertad. Aquello tan desconocido y tan ansiado. Bueno, al menos hasta ese momento creía que solamente de eso se trataba la libertad.

Sobre el viaje tendría que escribir otro libro, u otros libros. Pero como sé que te va a intrigar mucho, te hago un resumen. Fue un viaje increíble. Viajé solo, recorrí muchas ciudades, descansé, recé. Me encontré con amigos, con familia, con desconocidos. Caminé mucho las calles de las distintas ciudades. Y hasta pasé por Atenas. Y también por Asís. Qué más decir, fue un gran viaje. Pero el viaje más importante todavía no había comenzado.

Volver de Europa fue difícil. Quería quedarme mucho más tiempo viajando. Me hubiera gustado estar un año. Pero bueno, se asomaba la experiencia misionera y adelante nomás.

Te confieso que ya no tenía tantas ganas de misionar. Y sí, la verdad que compararlo con lo vivido en el viaje a Europa, era bastante desalentador. Tenía ganas de otra cosa. Pero bueno, mi gran sentido de la responsabilidad y asumir el compromiso que había hecho fueron más grandes. Y gracias que lo fueron.

La primera parada en esta gran experiencia de misión, fue San Rafael. Sí, una ciudad al sur de Mendoza. Muy pintoresca. Allí me esperaba mi tío junto con una pareja de novios que estaban ayudándolo.

Recuerdo hasta el día de hoy, estar viajando en ese colectivo. Cuando ya faltaba poco para llegar a San Rafael, de repente mis miedos se multiplicaron. Me agarraron unas ganas de volver a mi casa que ni te cuento. De volver a lo conocido. De seguir contándoles a mis amigos las anécdotas del viaje a Europa. ¿Qué estaba haciendo en aquel colectivo? ¿Quién me había obligado a hacer eso? ¿Por qué no me había quedado en Uruguay de vacaciones con mi familia?

Cuando ya parecía que los miedos me iban a hacer bajar del colectivo y emprender el viaje de vuelta a casa, comencé a rezar. Me acuerdo sólo de una frase que le dije a Jesús: "Por favor, te pido que no me sueltes la mano". Y no lo hizo.

Estuve un mes en San Rafael. Fue increíble. Hicimos un tour por las distintas parroquias de la ciudad que ya contaban con capilla de adoración perpetua. Qué difícil se me hace transmitirte la emoción que viví en cada una de estas misas, horas santas, encuentros. Muchísimas emociones. Un Dios que se alegraba de mi decisión. Un Dios que festejaba mi coraje. Un Dios que me seguía conquistando y atrayendo.

Pero te voy a decir la verdad, no todo fue fácil. De hecho, casi nada fue fácil. Nunca había dormido en una casa parroquial. Sólo conocía a mi tío, y recién comenzaba a conocer a aquella pareja de novios. Y además venía de Europa, de un viaje soñado. Y la realidad presente era bien distinta.

Te cuento que casi me vuelvo al cuarto día. Ya no aguantaba más. Se me hacía insoportable todo. Imaginate el contraste. Pasar de asesorar a importantes inversionistas, hacer trading en Wall Street, conocer a los banqueros suizos y asistir a conferencias con grandes personalidades. Y de repente estaba ofreciendo unos libritos a la salida de la misa. No lo podía creer. Era un poco fuerte la diferencia. De hecho, era lo suficientemente grande como para casi tomar la decisión de abandonarlo todo.

Pero algo pasó. Sí, la de siempre. Le pedí ayuda a Dios y me ayudó. Ya no podía más y se lo dije. "Mirá, si no me bancas en esta, no me queda otra que irme a mi casa". Y Dios me escuchó. Me ayudó y de qué forma. Me sostuvo todo ese tiempo y pude disfrutarlo. Insisto, no fue fácil, pero Jesús me bancó.

Estuvimos también en General Alvear y en Malargüe. Cuántos lindos recuerdos. Cuántas personas se me acercaban al final de la misa para contarme sus testimonios. Eran impresionantes. Estaba en shock. Era muy grande lo que Jesús estaba haciendo en aquellas personas que habían decidido acompañarlo una hora a la semana. Y ello recién comenzaba.

En el fin del mundo

Ya antes de empezar a escribir sobre mi primera capilla, se me hace casi imposible no derramar alguna lágrima. Todo lo que significó en mi vida aquella ciudad, aquella misión. Sí, el primer destino fue Ushuaia. El fin del mundo. La tierra del fuego. La ciudad más austral. Y como si esto fuera poco la parroquia se llamaba Sagrada Familia.

Imagino tu cara de sorpresa al escuchar el nombre de la ciudad. Sí, escuchaste bien, Ushuaia. Ahí, bien al sur, al final del mapa de la Argentina. ¿No me crees? Bueno, entonces te cuento.

Cómo olvidar aquel milagro. Cómo olvidarlo. Pasaron casi 6 años, y lo vivido se hace presente. En realidad cada capilla que se abre es un milagro. Porque la verdad es que juntar la suficiente cantidad de personas para que se cubran todos los turnos del día y de la noche, es ya muy difícil. Y que además, este compromiso se extienda en el tiempo, es una locura. Sí, una locura. Una locura del amor de Dios.

¿Cómo íbamos a hacer para conseguir que 300 personas se anotaran en Ushuaia para pasar una hora con Jesús? Era imposible. Y sí, es imposible. Por que si fuera por nosotros no juntaríamos ni a 5 viejecitas. Qué bueno que Dios nos iba a ayudar. Nos iba a dar la gracia para que fuera realidad. Insisto, creo que nadie podría hacer una capilla de adoración perpetua por su esfuerzo y méritos personales. Es Dios quien la inspira, la propone y la lleva adelante. Claro está, que cuenta con nuestra pequeña parte. Pequeña pero importante, pequeña pero vital, pequeña pero necesaria.

Sí, se anotaron 400 personas. No me preguntes cómo, porque no sé la respuesta. Preguntale a Él, quizás te responda.

Sí, también se anotaron en la madrugada. Y también se comprometieron a asistir en invierno. Y estamos hablando de nevadas, fríos polares, condiciones extremas.

Recuerdo todavía las palabras de aquella señora. Cuánta fe. Qué testimonio. La admiro. A ella le preguntaron si le parecía que la capilla debía estar abierta a la noche y ella contestó lo siguiente: "si acá las fábricas trabajan 24 horas al día, ¿por qué no vamos a estar con Jesús las 24 horas al día también?" Esta respuesta nos dejó a todos boquiabiertos. Hasta el día de hoy. Qué coraje. Qué valentía. Y no de palabras solamente. Ya llevan casi 6 años adorando a Jesús todos los días.

Nuevamente te cuento que tuve momentos bien difíciles. De vuelta el contraste tan grande. El banquero exitoso estaba cortando invitaciones en la misa. Sí, cortando unos papelitos para que la gente se anotara. Tijera en mano, sin secretarias. Te cuento que me vinieron bien aquellas manualidades. No sólo por el oficio, sino por lo que ello representaba. Dios que me invitaba a ser fiel en lo poco. Que me animaba a no despreciar aquella tarea. Que me motivaba a hacerlo lo mejor que pudiera. Cortar esas invitaciones de la mejor forma posible, haciéndolo con todo el corazón.

Guau. Cómo me dolían en mi orgullo aquellas tareas. Cuán difícil se me hacía. Me sentía humillado, no valorado y desperdiciando mi preciado tiempo. Gloria a Dios que así fue. Jesús me enseñaba a ser pequeño, a dejar de lado mi curriculum profesional. Me invitaba a dejar atrás aquel joven exitoso y popular.

Y sí, todo eso costó. Nadie dijo que iba a ser fácil. Pero lo difícil tiene su recompensa. Algo nuevo estaba naciendo en mí. Alguien nuevo.

La ciudad terremoteada

Recordarás que en febrero de 2010 hubo un terremoto muy importante en Chile. Fue una catástrofe. En realidad podría haber sido mucho peor por la magnitud del mismo. Y además teniendo en cuenta que sucedió en la madrugada.

Una de las ciudades más afectadas por el terremoto fue Talca. Ciudad chica. Está 250 kilómetros al sur de Santiago. ¿Podés creer que al volver de Ushuaia nos llega un mail invitándonos ahí?

Mi tío nos contaba que ya había visitado Chile en numerosas oportunidades y que todavía no se había podido organizar una capilla de adoración perpetua. Pero había llegado el momento. Sí, Talca, devastada por el terremoto quería ser reconstruida. Quería empezar de nuevo sobre roca firme: Jesús.

Una vez allí, el panorama se presentaba muy sombrío. Las casas destruidas. Edificios enteros quebrados. Sitios en demolición. Iglesias inutilizables. Un verdadero caos. La gente tenía miedo. Al primer sismo ya se sentía el terror colectivo. La gente estaba muy triste, desesperada, deprimida. Algunos habían perdido su hogar, otros su familia.

Hablando de milagros, este sí que fue otro bien visible. Muy pocas personas iban a misa el domingo, y eso que era en la Catedral. Una de las misas se celebraba en una capillita y la otra en un gimnasio.

Las adoraciones eucarísticas se llevaron a cabo en un colegio. Recuerdo que el primer día éramos bien poquitos. No importaba. Confiábamos en que Jesús los iba a multiplicar al día siguiente. Y así fue. Y día tras día.

Allí conocimos al grupo de las pequeñas almas. Sí, bien pequeñas. Querían adorar al pequeño niño Dios escondido en la hostia consagrada. Y qué importantes fueron. Ellas nos llevaron a otras parroquias. Y allí se anotaron muchas más personas. Lo que parecía imposible se estaba realizando. La ciudad "terremoteada", como decían ellos, estaba siendo "terremoteada por el amor de Jesús".

Bueno, ya estaba todo listo. La Virgen María nos había ayudado a reunir una cantidad suficiente de personas para tener la capilla abierta las 24 horas del día. Misión cumplida. Bueno, no tan pronto. Habían adoradores pero no había lugar. Sí, eso mismo, no había lugar para Jesús. Algo así como un Belén siglo XXI. No había lugar para que María diera a luz a su Hijo.

Todos los salones de la Catedral estaban ocupados. La iglesia estaba destruida por dentro. En el colegio parroquial tampoco había lugar. ¿Qué hacer? Había sido tan difícil reunir a tantos adoradores y ahora no había capillita.

Y otra vez las pequeñas almas en acción. Dos de ellas tenían una cafetería muy linda y muy espaciosa. Ya te estarás imaginando lo que pasó, ¿no? Sí, eso mismo. Donaron un salón de la cafetería para transformarlo en capilla. Qué generosidad. Qué lindo testimonio. Decirle a Jesús: "mi cafetería es tu casa".

Ellas nos contaban que ese siempre había sido su deseo, poder transformar esa cafetería en un lugar de oración. Lo que nunca se imaginaron era que en ese lugar de oración iba a estar nada más y nada menos que Jesús Eucaristía. Ellas muy contentas, nosotros nuevamente sorprendidos. ¿Yo? Seguía sin creerlo. María reía por lo bajo.

Al recordar esta anécdota no puedo dejar de pensar en dos sacerdotes que le dejaron su despacho a Jesús, que le cedieron su oficina a Dios. Uno mendocino, el otro salteño. Qué gesto, qué grandeza. Ahora Jesús los puede atender a todos. También los fines de semana y feriados. No hay que sacar turno. No hay que esperar. Tampoco hacer cola. No hay que llamar antes por teléfono. Sólo acercarse y disfrutar del amor de Jesús vivo en la Eucaristía.

Y no sólo eso, sino que es muy impactante el testimonio de tantas personas que tras un tiempo de acercarse a la capillita de adoración para estar con Jesús, luego se acercan a los sacramentos, en especial a la reconciliación y a la comunión. Esto lo cuentan los curitas. ¡Qué grande Jesús y su Evangelio! Nos va llevando de a poquito y pacientemente por el camino de la gracia, para que podamos seguir profundizando en la apasionante vida de santidad a la que estamos todos invitados. ¡Qué regalazo!

Y quién lo hubiera dicho

Ushuaia había quedado atrás junto con Mendoza. Y al llegar de Chile se habían cumplido los 3 meses de la experiencia misionera. En verdad, en ese momento me había olvidado del tiempo transcurrido. Sentía que algo recién comenzaba.

Me olvidé de contarte que en Mendoza, ya había dado mi primer mensaje en las misas. No lo podía creer. Yo pensaba que simplemente iba a ayudarlo a mi tío con su misión y no que yo iba a misionar y ser protagonista de la misma. El Dios de las sorpresas, nuevamente haciendo de las suyas. ¡Qué bárbaro, che!

Era un mensaje corto pero de mucha profundidad. Ahí comencé a descubrir que más valen pocas palabras que muchas frases. Más vale hablar desde el corazón y de lo vivido, que hablar desde la cabeza o de un contenido. El mensaje era como una flecha que iba directo al corazón de las personas. Sin escalas. Sin desvíos. Pensar que en ese momento muchas personas se iban a anotar para pasar una hora con Jesús por el resto de sus vidas. Guau. ¡Qué increíble!

La cuestión era que tenía que decidir si concluía la experiencia misionera o si seguía un rato más. Quizás nunca me lo planteé así. De hecho, no lo hice así. Simplemente quería seguir descubriendo y caminando en esa nueva etapa que se estaba gestando en silencio, bien pegada al corazón, bien en sintonía con mis anhelos más profundos.

Y ahí comenzó la primera extensión. Que sean seis meses. Sí, medio año. 3 meses era muy poco, había mucho por seguir viviendo. La experiencia me estaba gustando mucho y en sus dos realidades: la interior y la exterior. Yo me iba dejando transformar de a poquito por Jesús, en el silencio de mi oración frente a Él. Y Él me iba invitando a nuevos desafíos, nuevas comunidades y nuevas misiones. Quién lo hubiera dicho, las finanzas iban quedando atrás, y este nuevo camino tenía mucho por delante.

Y fue el turno de Río Cuarto (Córdoba), Santa Lucía (Córdoba), Machagai (Chaco) y City Bell (Buenos Aires).

Te cuento un poco cómo era la modalidad de misión ya que hasta ahora no te había dicho nada al respecto. Y es que no es lo más importante. Pero creo que te interesaría saberlo.

Estábamos 10 días en cada parroquia. Allí dábamos un mensaje en las misas dominicales y luego entre semana teníamos horas santas comunitarias con Jesús. También visitábamos algún colegio y hasta algún geriátrico. Lo visitábamos con Jesús. Le llevábamos a Jesús a los viejecitos y a los adolescentes del secundario. Cuántas historias, cuántos recuerdos, cuántas bendiciones.

No puedo dejar de recordar aquella experiencia en aquel hogar de ancianos en Machagai (Chaco). Estuvimos con Jesús un rato largo. Rezamos, pedimos y agradecimos. Cada uno se acercó a recibir la bendición personal de Jesús. Y hasta cantamos. Sí, le cantamos a Jesús. Digo bien, le cantaron. Ellos tenían una canción que habían preparado. Y fue lindísima, una bendición. Supongo que me la olvidé para no volver a llorar. Era una canción muy simple, bien sencilla. Me acuerdo una frase nomás. "Vamos abuelitos, vamos a Jesús".

Y tampoco puedo olvidar aquel encuentro con jóvenes y ancianos ciegos en Santiago del Estero. Recuerdo que no sabía qué decirles. Cómo explicarles lo que iban a vivir. Y fue ahí cuando descubrí que todos somos ciegos frente a Jesús. Vemos tan solo una hostia blanca, un velo, una nube, que oculta toda la gloria y amor de nuestro Dios. Es decir, nos encontrábamos todos en la misma situación. Era sólo cuestión de abrir el corazón. Era sólo cuestión de fe.

Entre recuerdo y recuerdo no te creas que me olvidé lo que te estaba contando. Sí, de la organización. En la semana se iba formando el equipo organizador de la capilla, unas 30 personas. Sí, un montón. Lo increíble es que aparecían. Nunca supe bien de dónde, pero el equipo quedaba formado. Luego volvíamos al mes para tener una reunión con todos los adoradores. Sí, eran 200, 300, 400 personas con ganas de empezar a adorar y disfrutar de estar con Jesús. Y luego venía la inauguración y la fiesta.

A todo esto ya habían pasado 6 meses de misión. Ya había estado en la ciudad de Añatuya (Santiago del Estero), con los franciscanos en San Juan, en la catedral de Santiago del Estero y en la catedral de San Francisco en Córdoba. Y tantos otros destinos más. Cada comunidad y su particularidad. Cada pueblo y su esencia. Cada realidad y sus distintos matices. Pero en todas ellas, Jesús comenzaba a hacer de las suyas. Y bueno, también le iban a dejar tiempo para que las haga. Sí, 24 horas. Tiempo suficiente, ¿no?

Ahora viene la parte más llamativa. No se si llamativa es la mejor forma de definirla, pero no se me ocurre otra palabra más adecuada.

No sé si sabías, pero de chiquito me costaba mucho quedarme a dormir en las casas de mis amigos. Si no lo sabías, ahora lo sabés. Y no sólo en la infancia sino también en la adolescencia. Eso mismo, no me gustaba. Prefería

jugar y después volver a mi casa. Con el tiempo, entre tanta misión, vacaciones, y viajes, me empecé a acostumbrar más. Igual no era lo que más me gustaba. Nada como mi casa, mi ducha y mi cama.

Pensar que misionando, cada 15 días estaba en una ciudad diferente. Durmiendo en una casa distinta, en una cama desconocida. El colmo. Y sí, la verdad que el colmo. Pero no te creas entonces que estoy tratando de decirte que fui un héroe, sino todo lo contrario. Bueno, algún que otro mérito tenía, tampoco voy a negarlo. Pero queda bien al descubierto la ayuda que Dios nos puede dar si nos animamos a seguirlo. Cómo Dios nos banca. Y siempre con algún detalle de su ternura: alguna comida preferida, algún gesto de alguna persona, alguna palabra de aliento o algún gracias. La providencia siempre obrando y en todas partes. Un Padre que quiere a sus hijos. Y sí que los quiere.

No es necesario que te cuente en todos los lugares donde estuve. Pero sé que quizás te gustaría saberlo.

Llegando a fin de año estuve en Villa Ojo de Agua (Santiago del Estero), Ciudad de Salta, Barrio Castañares (Salta) y Junín (Bs As). Sí, en Junín. Allí también se adora día y noche a Jesús en la Parroquia Cristo Redentor.

En Junín fuimos a visitar al ejército. Sí, fuimos con el curita y otro misionero a invitar a los soldados a que se anotaran para pasar una hora semanal con Jesús. Y fuimos con Jesús. El curita hizo una mini procesión por el destacamento. No sabés lo que fue. Las caras serias, los semblantes rígidos. Algún que otro soldado se emocionó. Fue una gran sorpresa para ellos. Y lo fue para nosotros. Sí, creo que más para nosotros.

Por fin algo de surf

Terminaba el primer año de misión y yo sentía que nada estaba terminando. De hecho, todo estaba comenzando. Aún más, siento que todo comienza cada día. Un nuevo amanecer, un nuevo despertar en Dios. Un sol que da luz al día. La luz que nos regala este Dios amigo del hombre. Este Dios creador de todo el universo.

Cuando ya creía que necesitaba unas pequeñas vacaciones, surgió la posibilidad de volver a visitar Chile. Sí, la capillita de Talca había dado sus frutos. Otros curitas que se animaban y que daban su sí. Qué valientes y cuánta fe de su parte. No es nada fácil creer que se puede lograr una capilla de adoración perpetua. Al menos así lo creo yo.

Qué testimonio el de estos sacerdotes y qué bendición para sus comunidades y sus pueblos. Qué regalo tan grande. Los sacerdotes queridos, hijos de María que nos traen a Jesús al mundo en cada consagración, en cada misa. Gracias a todos ellos. Gracias por su perseverancia. Porque son bien atacados y lo sufren. Quisiera ser más agradecido y comprensivo con ellos. Te pido Dios me ayudes. Tus sacerdotes tan queridos.

Bueno, ya me estoy yendo de tema. Estábamos en Chile. Sí, la agenda estaba ya organizada. Durante enero íbamos a misionar en las ciudades de Curicó, Linares y La Serena. Interesante. De hecho, fue muy especial aquella nueva misión. Ya te contaré.

Claro está que me tomé vacaciones. Las necesitaba y mucho. Fui con mi familia a Uruguay y me reencontré con mis seres queridos después de un año bien largo, y bien movido. Y ellos se reencontraron conmigo, pero había una novedad. Y es que yo ya no era el mismo. Y no porque era otra persona, sino porque era cada vez más yo mismo.

Dios me seguía transformando, como el barro en manos del alfarero. Y qué bueno que yo me dejaba y que no ponía tantas trabas como antes. Igualmente todavía oponía resistencia en algunas cosas. Y sí, hay heridas muy profundas, muy agudas, muy dolorosas por cierto. Gracias a Dios que en su cirugía fina uno casi no se va dando cuenta del proceso de sanación hasta que un día se exterioriza y se hace carne en el día a día.

Qué Dios cercano. Qué Dios amigo. Que hasta en los más mínimos detalles está presente. Que nos quiere sanar y a lo grande. Sanar de todos nuestros males. De lo conciente y de lo inconciente, de lo que vemos y de lo

que no vemos. De lo que nunca podríamos haber imaginado. Qué Dios atento. Qué Dios bueno con sus hijos.

Y mientras tanto sigo sin contarte de Chile. No sé bien por qué. Quizás haya tanto para contar que siento que jamás voy a poder terminar.

En fin, Chile seguía apostando por más capillitas para Jesús. Qué buena noticia. Los chilenos estaban encendidos. Los testimonios de la capillita de Talca ya habían dado la vuelta a toda la diócesis. Y hasta ya habían comenzado con dos proyectos, llevar a Jesús a los jóvenes de la cárcel y llevarlo también a los chicos de la escuela. Qué alegría. Cada vez me daba más cuenta que el estar con Jesús te lleva a querer darlo a conocer a otros. Y sí.

Ahí empecé a comprender lo que me había llevado a misionar. Cuando conocí a Jesús vivo en esas adoraciones eucarísticas, mi corazón explotó de amor. Comencé a ser cada día más feliz. Y esa felicidad no me la pude guardar. La quería compartir porque me desbordaba el corazón. ¡Y cómo lo desbordaba! Quería que todos pudieran encontrarse cara a cara con Jesús. Que todos pudieran ser tan felices o más felices todavía que yo. Y esa era mi gran motivación. Eso lo entendí mejor más adelante. No en aquel momento.

Chile fue la oportunidad también para hacer un poco de surf. Sí, te acordarás que me gusta mucho ese deporte. El mar y el horizonte fundidos. La tranquilidad del momento. El movimiento del mar y el jugar con las olas. Las creaciones de por sí tan creativas del Dios creador. Qué grande este Dios. Hasta de la naturaleza se vale para que podamos gozar y disfrutar. Está en todos los detalles, hasta en los más mínimos. Sólo Dios podría hacerlo. Qué increíble, ¿no?

Las mascotas de San Roque

Y así un nuevo año comenzaba. No tenía idea de lo que me iba a deparar.

Se habían sumado más misioneros. Perdón, más misioneras. Sí, mujeres. ¡Qué testimonio! Y sí que lo era. Y que lo es. Y bueno, me tocaba entonces a mi enseñarles algunas cosas. Como bien ya sabés, había misionado un año entero y aprendido muchas cosas. Y eso era lo que les podía transmitir.

Comenzó el año en Miramar y Mar del Plata (Buenos Aires). Sí, había comenzado a lo grande. Le siguió la Ciudad de Córdoba, Capital Federal (Buenos Aires), Metán (Salta), Rosario de Lerma (Salta), Orán (Salta), Hipólito Yrigoyen (Salta) y General Alvear (Corrientes).

A todo esto se había sumado una nueva persona en mi vida. Y me acompañaba a ciertas misiones. Era un nuevo paso. Y me costaba mucho. Nunca fui muy bueno para eso. Pero bueno, aprendiendo estaba. Sabés de lo que te estoy hablando, ¿no?

Y llegó Embarcación, un pueblo ubicado bien al norte de Salta, en la Diócesis de Orán. Allí la misión se desarrolló en plena fiesta patronal en honor a San Roque. No sé si habrás estado en alguna fiesta patronal. Por las dudas te cuento. El pueblo era una fiesta. Me levantaba todos los días a las 6 de la mañana con el himno de San Roque que se escuchaba a viva voz desde los altoparlantes de la parroquia. Me había aprendido el himno de memoria. Estaba bueno. Yo lo hubiera puesto un poco más tarde de todas formas.

Mucha gente en las misas y en las horas santas. Muchas mascotas también: perritos, gatos y otros animales. Sí, eso mismo, San Roque es el patrón de las mascotas. Así que te imaginarás la mezcla de olores y ruidos que había en esos días en la iglesia.

Y el pueblo era una fiesta. Y una fiesta distinta a la de otros años. Ese año iban a abrir la capilla de adoración perpetua. Era la gran fiesta de Jesús. Qué buenos recuerdos.

Recuerdo en especial a una persona. Su ternura y dulzura. Su entrega. Sus ganas de aprender y escuchar. Su permanente agradecimiento a Dios.

Cuánto aprendizaje. Cuántas experiencias que se me iban grabando a fuego en el corazón. Cuántas personas que me iban dejando huellas en el alma.

Cuánto crecimiento. Cuánta novedad. Cuánto desafío. El buen Dios. O como me gusta decir a mí, el bueno de Dios.

Y luego seguí viaje, seguí misionando hacia nuevos destinos. Venado Tuerto (Santa Fe), Cafayate (Salta), Corrientes, Joaquín V. González (Salta) y San Nicolás (Buenos Aires).

En cada una de estas comunidades aprendí algo nuevo, algo distinto. Cada persona y su mundo interno. Cada hijo de Dios y su historia. Cada alma y sus gozos y tristezas. Cada familia con sus miserias y alegrías. Y todos buscando la felicidad. Todos deseando amar y ser amados. Y muchos animándose a la aventura más grande que pueda existir. Animarse a dejarse querer y abrazar por Jesús.

Otro año llegaba a su fin y ya habían pasado 2. Y pensar que la propuesta había sido de tan sólo 3 meses. Qué increíble. Seguramente Dios se reía de mi sorpresa. Sí, reía y seguía sorprendiéndome cada vez más.

Un primer año en el que todo había sido novedad y deslumbramiento, una especie de luna de miel. Bueno tampoco luna de miel, la había pasado bien difícil. Luego, un segundo año en que me tocó enseñar a otros misioneros. Quizás algo menos de novedad y una cuota mayor de paciencia. Sí, de paciencia y otras cosas más.

La Hermana Bernardela

Y bien, arrancaba el tercer año con mucha expectativa. Quizás con algo menos de energías. Estaba bien cansado. Y bueno, tenía sentido que lo estuviera, mucho trajín. Comenzó el año en Entre Ríos. Fui con una misionera. Primero fue el turno de Concordia, luego de Chajarí.

Te cuento que en Concordia nos alojaron las Hermanas Camilas. Y qué decirte de ellas. Muy simpáticas y amables. Caritativas y rezadoras. Hasta nos pidieron que hiciéramos una adoración eucarística con ellas. Nosotros aceptamos con mucho gusto. Qué linda experiencia. No tan sólo por la imagen de ver a unas monjitas rezando delante de Jesús, sino por el amor a Jesús que tenían y mostraban.

Te confieso que yo tenía una imagen muy particular de las monjas. No sé bien por qué. O quizás sí, pero no importa mucho. La cuestión era que creía que todas eran bien severas. Que sólo les importaba la disciplina y el rigor. Y la sorpresa fue bien grande. Quizás más grande todavía fue cuando conocí a las Hermanas Dominicas de Concepción (Tucumán). Pero bueno, esa es otra historia. Volvamos a las Hermanas Camilas.

Recuerdo con gran alegría el testimonio de una de ellas. La Hermana Bernardela, una viejecita. Al terminar la hora santa, se nos acercó en su silla de ruedas. Tenía 93 años pero se encontraba muy bien. Era una niña mimada de Dios. Ella estaba emocionada, las lágrimas le corrían por el rostro. Nosotros no entendíamos bien por qué. En realidad lo suponíamos. ¿Quién puede resistirse a tanto amor y no llorar un rato? ¿Vos podrías?

Cuestión que se nos acercó, y entre lágrimas nos dijo: "es la hora santa más linda que viví en mis 93 años". Sí, nos dijo eso. Increíble, ¿no? Y creeme que no lo dijo de compromiso, ni como un cumplido. Sus palabras tenían una fuerza especial, un agradecimiento muy grande y una novedad impresionante. Imaginate mi cara. Creo que tampoco pude resistirme. Y eso que me cuesta llorar en público. Sí, no sólo me cuesta sino que no me gusta. Pero en ese momento fue inevitable. Sus palabras nos habían llegado al corazón. Y el corazón de por sí ya estaba muy emocionado.

A todo esto, en mi vida había algo que estaba naciendo. Sí, una decisión. No puedo sino emocionarme de sólo pensarlo. Mejor dicho, de sólo escribirlo.

Quizás no lo había rezado lo suficiente. Quizás el trajín diario y los compromisos que se iban sumando me dejaban menos tiempo para charlarlo

con Jesús. Pero bien sé que mis heridas no ayudaron. Y cuántas heridas. Hoy algunas están bien curadas. Otras dejan ver su cicatriz y cada tanto reaparecen. Otras todavía están latentes. Y de esas Jesús se está encargando. ¡Qué buen amigo!

Pero bueno, es que había tomado una gran decisión al haber renunciado a mi trabajo y eso de por sí ya era mucho. Y de repente tan sólo era el comienzo. En su momento, había sido un salto bien grande el dejarlo todo. Ahora se asomaba una compañera y un proyecto futuro, el casarnos y misionar 2 años juntos.

A decir verdad, era un proyecto mío. Quizás no estaba en los planes de Dios. De hecho, es el día de hoy que me doy cuenta que no lo estaban. Pero ello no quita el haber querido hacer algo bueno por Dios y mis hermanos. Era una muy buena intención, si bien no era lo que Dios me tenía preparado. Porque me tenía preparado otro proyecto, otro camino, otra misión.

El curita de Alberdi

El año 2012 había comenzado con una nueva modalidad. Sí, un nuevo cambio. La misión ya no duraba 10 días sino que ahora eran 7 días. Sí, un poco menos de tiempo. Ya no eran dos fines de semana, sino uno. Había más tiempo para descansar. Y bien que ya era muy necesario.

En mayo de aquel año, comenzó algo nuevo. Sí, era mi primera capilla en la Diócesis de Concepción. Una diócesis bendecida. Una diócesis mariana y también eucarística. Vaya que eucarística. Es decir, para ponerlo más fácil, una comunidad que de la mano de María se iba dejando transformar por Jesús. Ahí se entiende mejor, ¿no?

Y todo aquel año estuve mucho tiempo en aquella diócesis. Especialmente en aquella ciudad, en aquella comunidad de Fátima. Sí, la parroquia se llama Nuestra Señora de Fátima. Fue la primera capilla de adoración perpetua de la diócesis. Ya había conocido al equipo organizador y estaba en permanente contacto con ellos. En ese momento no sabía bien por qué. Sólo sabía que me sentía muy a gusto y cómodo con todos ellos. Pero no creía que mi futuro cercano iba a estar tan cerca de ellos. Tan cerca de ellas. Sí, nuevamente te invito al suspenso.

Mientras tanto la misión seguía extendiéndose por toda la Argentina: San Carlos (Salta), Animaná (Salta), Angastaco (Salta), El Barrial (Salta), Aguilares (Tucumán), Río Seco (Tucumán), Villa Quinteros (Tucumán), León Rouges (Tucumán), San Miguel de Tucumán, Barrio Alvear (Tucumán), San José (Catamarca) y Alberdi (Tucumán). Acá me detengo. Y te diría que te conviene porque ya se me está escapando una sonrisa. Sí, una sonrisa al recordar este pueblo. Y no por el pueblo en sí mismo sino por aquel hombre de Dios. El curita de San José. Y sí, un personaje.

Guitarra en mano y siempre dispuesto a entonar una nueva canción. Un poco de vino para alegrar la noche. Comida siempre lista para ser disfrutada en compañía de buenos amigos. Y así transcurrieron mis días en Alberdi. Risas, canciones y anécdotas.

Pero todo ello tenía una razón, la alegría era bien verdadera, bien genuina. Todos los días este hombre se arrodillaba delante de Jesús en aquellas horas santas. Y luego bendecía a todas las personas con Jesús. Un testimonio inolvidable. Un hombre de Dios. Sencillo. Alegre. Humilde. Y que no era un gran teólogo. Y que no lo es. Simplemente tocaba la guitarra, se arrodillaba frente a Dios, y reía con sus historias.

Espero que algún día lo puedas conocer. Ya te vas a reír vos también. Ya lo vas a disfrutar.

Tras Alberdi, llegó El Tala (Salta). Ahí misionamos varios pueblos: La Candelaria, Barrio Jardín y El Espinal. Fue muy linda aquella misión. Buenísima la gente y un grande el curita, un pequeño de Dios.

En El Tala fuimos a muchas escuelas a llevar a Jesús. Sí, escuelas públicas. Para sorpresa de todos fuimos muy bien recibidos por los directores y profesores. Qué experiencia increíble. Tantos niños y adolescentes que por primera vez tuvieron su encuentro personal con Jesús. Repito, insisto, por primera vez tantos niños, adolescentes, profesores y directores se estaban encontrando con Jesús vivo. Cómo olvidarlo. Cómo contártelo sin emocionarme. Difícil. Imagino también tus lágrimas. Y sí. ¡Qué grande Jesús!

Luego fue el turno del barrio Santa Lucía en Salta capital. Ardua misión. Barrios de mucha violencia y droga. Más adelante fui a Santiago del Estero en dos oportunidades. Sí, dije bien, fui. Hacía unos meses que estaba misionando solo. Nos estaban lloviendo pedidos de capillas y entonces decidimos separarnos para que Jesús pudiera reinar en más corazones, en más ciudades, en más pueblos. Era bien difícil hacerlo todo solo. Lo bueno era que siempre había gente tan dispuesta a dar una mano. ¡Gracias Dios por su ayuda!

Las llevo en el corazón

Cómo comenzar este capítulo sin reír y sin llorar. Imposible. Son tantas cosas las que me gustaría compartirte que realmente no sé por dónde empezar.

Intuyo que tu primer pregunta sería, ¿de qué ciudad me estás hablando? Y a esa pregunta, te respondo: Antofagasta de la Sierra. ¿Ubicás? Prelatura de Cafayate, Valles Calchaquíes, Catamarca. Me imagino que ya te habrás ubicado un poco más, eso espero.

Qué difícil fue llegar hasta allí la primera vez. Me habían dicho que tuviera cuidado. Que había momentos en que se cortaba la ruta y era imposible llegar. Ni qué decir cuando soplaba el viento blanco. En fin, Jesús quería llegar hasta los confines de los valles.

Recuerdo con gran alegría cuando llegamos. Allí nos esperaban unas monjitas. En realidad no nos esperaban sino que caímos de improvisto. Sí, lo que escuchás, les caímos de sorpresa.

Había leído en un folleto que existía una parroquia llamada Virgen de Loreto que se encontraba en Antofagasta de la Sierra. Apenas leí el nombre de esa ciudad, algo en mi corazón se encendió y tuve muchas ganas de emprender el desafío.

¡Y qué desafío! Tardamos más de 6 horas en llegar a destino desde el cruce con la ruta 40. Una odisea. Caminos sinuosos, de barro, de tierra y sin huella. Solamente habían algunos parajes a varios kilómetros de distancia. Y hasta pinchamos goma.

Llegamos a Antofagasta cuando ya caía la tarde. Hacía mucho frío. Allí fuimos derechito al convento. Tocamos la puerta y nos recibieron con mucha alegría. No les habíamos avisado que íbamos pero igual nos estaban esperando. Nos hicieron sentar y nos compartieron una taza de té y unas empanadas. Recuerdo que nos dijeron que comiéramos bien despacio. Y sí, estábamos a 3.300 metros de altura.

Esa misma tarde, compartimos con ellas y con la comunidad una celebración de la palabra. Y fue allí cuando les propuse tener un encuentro con Jesús, una hora de adoración eucarística. Ellas aceptaron y fue muy lindo, muy emocionante.

Tal es así que al día siguiente y antes de partir, coordinamos para volver a visitarlos. Y esta vez no por 2 días, sino para organizar la capilla para Jesús.

Costó un poco, pero aceptaron. Es que no sabían bien de qué se trataba, pero dieron su sí. Los corazones de las hermanas y de la comunidad habían vibrado en ese tiempo que habían pasado con Jesús y Él había hecho su obra. Como siempre.

Esa primera visita había sido en junio. Llegando octubre emprendimos la marcha nuevamente. No habíamos hablado durante todo ese tiempo. Es que no había prácticamente forma de comunicarnos. Sólo un número de teléfono, que funcionaba de a ratos. Así que volvimos a confiar en que nos iban a estar esperando. Y así fue.

Esta vez fui con mi padre. Sí, había decidido acompañarme. Otra nueva experiencia inolvidable. Para él. Y para mí también. No sabía lo que le esperaba. Yo tampoco.

Nuevamente nos recibieron con mucha alegría, con mucho afecto. Nos estaban esperando. Sabían que íbamos a volver. Y así fue.

Guau. No sé bien por cuál pueblito empezar. La parroquia abarcaba una zona muy extensa, desde El Peñon hasta Antofalla. Las distancias eran muy grandes y sólo se podían hacer en camionetas 4x4, todo terreno. Y se me viene rápidamente a la memoria la imagen de las hermanitas manejando la camioneta. Una risa. Y al mismo tiempo mucho coraje. ¿Quién las había obligado a estar allí en un pueblito perdido en el medio de la montaña a más de 10 horas de alguna ciudad importante? Qué testimonio. Las hermanitas de Jesús Verbo y Víctima. Pequeñas almas santas que muy pocos conocen, que quizás nunca saldrán en los diarios. Qué regalazo que las pude conocer y pude compartir con ellas.

El Dios de los pequeños, y bien pequeños que eran. Las personas eran bien sencillas. No sabían mucha catequesis, pero no importaba. Jesús es para todos. Vino para todos. Y especialmente para los pequeños, para los que son como niños. Que no tienen tantos líos intelectuales, sino que creen que Jesús está vivo y los está esperando. Jesús y los pequeños. Su pequeño rebaño de amor.

No puedo dejar de recordar aquel encuentro con Jesús en Antofalla. Habíamos viajado más de 3 horas desde Antofagasta. En un momento estuvimos a más de 5.000 metros de altura y costaba mucho respirar. El camino era bien complicado, pero las monjitas demostraron su expertise en el manejo de la camioneta y llegamos bien.

La capillita era bien chiquita, parecía una ermita. Tenían celebración una vez cada 15 días. Pero no tenían sagrario. No tenían la posibilidad de estar con Jesús Eucaristía. Hasta ese momento, hasta que llegó Jesús y fue increíble. Un par de niños. Algunas viejecitas. Todos muy contentos. Habían esperado mucho tiempo aquel momento tan ansiado, disfrutar un rato con Jesús vivo.

Llegaba el día final y no queríamos irnos. Mi padre estaba muy emocionado y yo también. Era un momento de por sí bien difícil en mi vida. Había tomado una decisión importante. Sí, muy importante. Había decidido abandonar el proyecto de misionar con aquella compañera y todo lo que ello implicaba. Te imaginarás.

La comunidad nos demostró mucho cariño y nos despidió con mucha alegría. Habíamos organizado todo un día de adoración semanal. ¡Qué milagro de Dios! ¡Qué grande Jesús!

Desde Ushuaia hasta Antofagasta de la Sierra. Desde el fin del mundo hasta el fin de los valles calchaquíes. Desde el sur de la Argentina, hasta el norte del país. La obra de Jesús. La misión de María. Llevar a todos al encuentro personal con Jesús vivo. A todos. A todas partes. Hasta el fin del mundo. Hasta el fin de los caminos. Hasta el fin de mis días.

Una familia hippie y valiente

No quería dejar de contarte uno de los testimonios que más me impactaron. Hasta el día de hoy cuando lo recuerdo se me hace bien difícil no llorar aunque sea un poquito. Ocurrió en Cafayate, en los valles calchaquíes, los valles de los sencillos, los valles bendecidos por Dios.

La misión en Cafayate había sido bien difícil. La capillita estaba abierta las 24 horas y estaba un poco lejos del centro, un poco alejada. Y llevaba unos pocas semanas de inaugurada. Y había llegado el carnaval. Sí, la tan popular Serenata. Y con ello los excesos: el alcohol, la droga y muchas otras cosas más.

Durante el carnaval, sucedió que un borrachito entró a la capillita e hizo un poco de lío. Sí, jugó con las velas y luego se quedó dormido. En fin, las locuras de un borrachito inofensivo.

Pero claro está que los que estaban rezando en aquel momento, se asustaron y fueron a hablar con el curita. El curita habló con su obispo. Y el obispo decidió suspender la madrugada hasta nuevo aviso. Sí, era peligroso. Era carnaval. No era seguro.

Parece ser que no llegaron a avisarles a todos que la capillita se iba a cerrar a la noche. Tal es así que un matrimonio llegó a su hora con Jesús a las 3 de la mañana y se encontraron con las puertas cerradas del oratorio. Era un día de lluvia y había refrescado mucho.

Cómo quisiera que este hombre te contara su testimonio porque realmente es muy conmovedor. Y escucharlo de sus palabras te haría emocionar el doble. Porque habla bien apasionado, con el corazón en la mano. Y es un artesano, un hippie. Y su mujer también. Y no viven en Cafayate. Viven a 45 minutos de caminata. A 10 km, cerro arriba. Y tienen muchos hijos. Doce. Y ellos también tienen su encuentro con Jesús semanal. Una familia en Dios. Una familia de discípulos adoradores.

Ese día no habían ido con el auto porque se les había roto. Y por eso decidieron ir caminando. Al encontrarse con las puertas cerradas de la capilla no se volvieron. Se quedaron. Sí, se quedaron. Querían estar un rato con Jesús. A pesar de la lluvia. A pesar de la inseguridad. A pesar de los peligros. A pesar de los borrachitos típicos del carnaval. A pesar de todo.

¿Y podés creer lo que hicieron? Es hasta el día de hoy que me tiemblan un poco las manos de solo contarlo. Se quedaron rezando con Jesús. Lo acompañaron. ¿Y a que no te imaginás cómo? Sí, aunque parezca increíble así

fue. Desde el agujerito de la cerradura de la puerta se lo veía a Jesús. Pero no había lugar para los dos. Y por eso decidieron turnarse. 15 minutos cada uno. Ver a Jesús un ratito y después le tocaba al otro.

Y así disfrutaron su tiempo con Jesús hasta las 6 de la mañana. Sí, se quedaron 3 horas. 3 horas mirando por el agujerito de la cerradura. 3 horas turnándose. 3 horas para mirar un ratito a Jesús.

Este testimonio llegó al curita y al obispo. Al escucharlo quedaron tan sorprendidos y emocionados que decidieron volver a abrir la capilla durante la madrugada. El testimonio de este matrimonio había sido muy fuerte. Es muy fuerte. Muy conmovedor. Nos enseñó a todos. Ellos nos enseñaron a todos y a mí especialmente. Los admiro. Son dos héroes desconocidos. Perdidos en el cerro. Vendiendo artesanías. Adorando a Jesús vivo.

Más adelante tuve la oportunidad de hablar con él y fue muy lindo. Cuánto apasionamiento en sus frases. Su cara resplandecía al hablar de Jesús. Y me contaba algo de por sí muy cierto. Él me decía que creía haber descubierto por qué los chicos de la catequesis hacían su primera y última comunión. Eso, la primera y la última.

Y me dijo que él creía que eso era así porque los chicos no conocían a Jesús. Y no porque no quisieran, sino porque quizás nadie los llevaba a estar con Él. Increíble, ¿no? "No podemos amar a quien no conocemos. Cuando uno esta enamorado hace locuras por su novia o su mujer. Pero cómo podemos estar enamorados de Jesús si no nos ayudan a pasar tiempo con Él, si no nos llevan a disfrutar de su amor." Así me lo decía. Y no puedo sino seguir llorando. Y cuánta verdad en sus palabras. Y cuánto amor a Jesús.

También pude conocer a su mujer. Algo más tímida, algo más callada. Una enamorada de Jesús.

Ella nos contó que uno de sus hijos se había anotado como adorador. Se había anotado sin decirle nada. Tenía 12 años y era bien hiperquinético. Sí, movedizo y distraído. No se podía quedar quieto. Cualquier ocasión era propicia para charlar y reír con sus compañeros. En la escuela le llamaban mucho la atención, tanto profesores como directores.

Ella sabía que la capillita era en silencio, pero decidió no decirle nada. Tal es así que lo acompañó a su primera hora con Jesús un sábado a las 16.00 hs. Para su gran sorpresa su hijo se quedó toda la hora quieto y en silencio. Se sentó bien adelante y disfrutó su rato con Jesús. Ella no lo podía creer.

Evidentemente algo había pasado. Jesús había hecho de las suyas. Una vez más. Y no iba a ser la última.

La niña de tus ojos

Te cuento que tengo 4 sobrinos y que durante el tiempo de misión los extrañé mucho. Pero hubieron varias ocasiones en que los recordé con mucho afecto. En especial cuando me tocaba organizar encuentros con Jesús para los niños. Sí, para los niños.

Fuimos a jardines. Sí, allí se encontraban niños bien pequeños y fue muy lindo. Ellos quizás no pueden entender toda la teoría de la transubstanciación. Bueno, ¿quién podría entenderla en toda su dimensión, no? Pero creería que Jesús no es tonto. Es Dios, ¿no?

El Evangelio nos cuenta que Jesús desea que los niños se le acerquen. Y también nos dice que el reino de los cielos es de los que son como niños. Guau, qué difícil se nos hace entonces. Qué gran desafío, volver a ser niños. Reconocernos débiles. Sí, necesitados, frágiles, niños que confían en su padre, que le son obedientes, que no entienden muchas cosas, que son dóciles y que no han conocido todavía el exitismo, el afán por el dinero, la soberbia, la ambición y todo lo que vemos hoy en día.

Recuerdo especialmente uno de estos encuentros con Jesús en una escuela pública de Concepción. Era bien divertido ver a las maestras tan preocupadas por la disciplina. "Silencio". "Respeto". Esas eran las palabras que más se escuchaban. Y yo reía por lo bajo. Siempre ocurrían estas cosas. Pocas veces las maestras se relajaban y podían disfrutar aquel encuentro con Jesús. Quizás el primero de sus vidas. Quizás el único. Quizás el último.

Entiendo que era bien difícil la situación. Y es que así fuimos educados y así nos enseñaron. Máximo respeto por las cosas sagradas. Las cosas sagradas. Como si Jesús fuera una cosa. Una cosa sagrada. Un algo y no un alguien. Una cosa y no una persona. Un qué y no un quién. En fin, ya me empieza a saltar la térmica. Sí, no te rías. Hablar de estas cosas a veces me duele, es triste. Se me hace inevitable un poquito de bronca, un poco de impotencia, en fin.

Al terminar una de estas adoraciones en la escuela, se me acerca una niña bien pequeña. Le brillaban sus ojos algo oscuros. Tenían una luz muy grande y transmitían una sensación de paz junto con una alegría desconocida para ella. Se llamaba Brisa. Se me acercó sin timidez y me preguntó sin vueltas. "¿Y a dónde queda la capillita donde está Jesús? Le voy a decir a mi mamá que me acompañe."

Les habíamos contado a los niños que si querían podían invitar a sus padres a que los acompañaran a la capillita de adoración perpetua para seguir conociendo a Jesús. La capillita estaba en la Parroquia Nuestra Señora de Fátima. Pegadita a la misma. Una capilla pequeña donde entraban casi 8 personas sentadas.

No pude sino emocionarme al escuchar su pregunta. Era muy conmovedora. Lo decía con una firmeza y una seguridad tan grande. Lo decía con el corazón. Jesús le había tocado el corazón y como sólo Jesús sabe hacerlo. El niño Dios hablándole a sus pequeños. El Jesús niño dejándose conocer por otros niños.

Sin perder tiempo fui rápidamente a buscar un lápiz y un papelito. Allí le escribí la dirección de la capillita lo más prolijo y legible que podía. No quería que por una cuestión de no entender la letra, se perdiera de estar con Jesús. Y cuando la volví a ver le di aquel papelito. Ella lo tomó en sus manos. Me agradeció sin decirme gracias. Y volvió a sorprenderme. "Todos los días voy a ir a visitarlo". Así me dijo. Brisa. 7 años. Jesús le había tocado el corazón. Sí, a una niña. Y había sido poquito el tiempo de la adoración. El suficiente para sentir el amor de Jesús en su corazón.

Y se me viene también al corazón el testimonio de un curita de City Bell. Él nos contó que a la capillita siempre van los niños del jardín. Y que antes de entrar le dicen a sus padres que los esperen un rato que quieren ir a saludar a Jesús. Guau. Lo que les espera a las nuevas generaciones si se dejan tocar por Jesús, si dejamos que se acerquen desde niños a Jesús.

Son muchos los niños que adoran con sus padres. En Santa María (Catamarca) conocí a un niño de 9 años que va a la capillita a estar con Jesús a las 4 de la mañana y lo acompaña su primo de 22 años.

Y tantas familias que llevan a sus hijos a los pies de Jesús. La Nueva Jerusalén que nace y de a poquito. En silencio, sin hacer ruido. Sin salir en los diarios y sin levantar la voz. Sin premios. Sin medallas. Sin aplausos.

Algo volvía a nacer

Terminaba el año y ya estaba bien cansado. Seguían los momentos difíciles. Me estaba acomodando y me estaba costando. Decí que Dios me estaba sosteniendo y agarrando bien fuerte de la mano, sino no sé como hubiera hecho. De verdad, no hubiera podido seguir adelante.

Y llegó Rosario de la Frontera (Salta), La Cocha (Tucumán), Pueblo Viejo (Tucumán), La Posta (Tucumán), Sacrificio (Tucumán), Villa Fiad (Tucumán) y Los Sarmientos (Tucumán).

Ya habían transcurrido 3 años de misión. Sí, de 3 meses a 3 años. Pequeña diferencia. Quién lo hubiera dicho. Sólo Dios lo podría haber planeado de tal forma. Y bien que si me lo hubiera dicho de entrada que iban a ser 3 años, me hubiera asustado tanto que le hubiera dicho que no. Qué inteligente. Qué estratégico. Cómo me conocía. Cómo me conoce.

Con el fin de año, se cerraban 2 etapas muy fuertes. Una afectiva, la otra más vocacional. Ambas importantes. Necesitaba tiempo para rezar mucho, para pensar. Para volver a ver qué era lo que Dios me estaba proponiendo. Volver a abrir el corazón con fuerza. Un tiempo para que Dios me sanara y me sanara mucho. Y curara muchas de mis heridas, las vendara, las cicatrizara y me hiciera seguir adelante.

Un tiempo para perdonar y perdonarme. De abrazarme con misericordia. Abrazar mis heridas, mis inseguridades y mis miedos. Abrazar aquel proyecto y lentamente dejarlo ir. Tomar lo positivo y sanar lo que produjo dolor. Aprender de las equivocaciones y seguir adelante. Y tomarlo como una gran oportunidad. Una crisis que irrumpía en mi vida, una bendita crisis. Una vez más Dios me había rescatado. Una vez más Dios no me había soltado la mano. Y no me iba a soltar.

Al mismo tiempo, algo nuevo estaba irrumpiendo en mi alma. La permanente novedad de Jesús, la frescura que desafía. Algo estaba naciendo, una vez más. Había un nuevo proyecto, una nueva propuesta de Dios.

El misionar abriendo las capillitas para Jesús estaba cumpliendo un ciclo. Una etapa increíble de mi vida se estaba cerrando. Una etapa que nunca olvidaré. Que no podría porque está grabada a fuego en mi corazón. ¿Y cómo podría ser de otra forma?

Jesús está vivo

Arrancó mi cuarto año de misión y ya tenía bastante experiencia haciendo las capillas. Pero la experiencia nunca era suficiente, aunque era importante. Cada comunidad era bien distinta, y presentaba nuevos desafíos.

Empecé el año en Mar del Plata en una comunidad franciscana. La pasé muy bien. De hecho, festejé mi cumpleaños ahí. Quién lo diría. Luego fue el turno de volver a Chile. Me esperaban las comunidades de Rancagua y San Felipe.

En Rancagua estuvimos en la zona más peligrosa de la ciudad, la más carenciada. Las personas vivían hacinadas en unos monoblocks. El curita nos contaba la gran cantidad de crímenes, droga y perversidades que se vivían en aquel barrio. Pobre curita. Menos mal que lo acompañaba una gran familia. Era una comunidad carismática.

Por si no sabés que significa eso de carismática con mucho gusto voy a intentar explicarte. ¿Querés? Dale, ahí voy nomás.

Te diría que los carismáticos a veces son tildados de medios loquitos y también de hacer mucho show. En fin, hay de todo. Lo que sí me quedó claro, es que creen en los signos, prodigios y milagros de Jesús. Creen que Jesús está vivo. Sí, bien vivo y resucitado. Es decir, que no creen en un Jesús que hizo muchos milagros y signos pero que ya murió y ahora nos mira desde arriba sin hacer nada. Creen y viven que Jesús nos quiere sanar, curar y liberar. Para ponerlo más fácil, creen que Jesús nos quiere felices y a lo grande. Renovados, encendidos por el fuego del Espíritu Santo.

Ellos creen en Pentecostés y lo viven. Creen en el don de lenguas y lo utilizan en sus misas y adoraciones eucarísticas. Aquellos gemidos inefables, palabras incomprensibles pero reales y bien efectivas. Palabras ungidas, el lenguaje del Espíritu.

Y creen en el demonio y ayudan a las personas a liberarse de todas las ataduras del mal. De todo hechizo, brujería, maleficio, magia, pactos y todo tipo de prácticas ocultistas, esotéricas y de la nueva era. Suena fuerte, ¿no? Y bien real también.

Y creen en que Jesús tiene poder porque es Dios. Y Dios es todopoderoso, sino no sería Dios, ¿verdad? Y creen en que Jesús tiene el poder para sanar a los enfermos, tal como lo hizo con los ciegos, los mudos, los sordos, los leprosos, los paralíticos y tantos otros personajes que nos cuenta el

Evangelio. Y no lo digo yo, eso está en la Biblia. Fueron los milagros que hizo Jesús y que sigue haciendo.

Y también creen que Jesús tiene el poder para sanarnos de nuestras heridas. Sí, de las heridas provocadas por nuestro pecado y el pecado de los demás. El pecado que nos hace morir de a poquito. Que nos lástima, y nos duele. Que nos quita felicidad, aquella gran felicidad a la que todos estamos llamados.

Y creen que Jesús nos puede sanar de nuestros miedos, fobias, inseguridades, trastornos, patologías, fragilidades y debilidades. Y sí, es Dios. Y nos quiere sanos. Nos quiere felices.

Y te cuento esto porque quizás a veces tendemos a encerrarnos en ciertos preceptos y normas que nos dan seguridad pero nos devuelven rigidez y estructuras. Que nos hacen más momias que seres vivos. Que nos atan y no nos devuelven la libertad de los hijos de Dios. Aquella verdad que nos hace libres. Jesús que es mi verdad. Jesús que me hace libre y libre a lo grande. Libre y en serio. Libre y feliz.

Discípulos misioneros

Un gran acontecimiento estaba a las puertas y llevábamos mucho tiempo preparándolo. Se venía el Primer Encuentro Diocesano en Concepción (Tucumán). El objetivo era celebrar como diócesis la apertura de tantas capillitas donde Jesús era adorado día y noche. Festejar con todas las comunidades. Festejar con Jesús y con tantos hermanos de pueblos y ciudades distintas.

No sabés lo que fue. Voy a intentar definirlo en una palabra. Sí, esa misma, guau.

Había gente de Cafayate, El Tala, Rosario de la Frontera, San Miguel de Tucumán, y hasta de Villa Ojo de Agua. Impresionante. Cuántos hermanos habían venido y todos con muchas ganas de celebrar a Jesús, de comulgar a Jesús, de adorar a Jesús, de festejar tantas gracias y bendiciones de Jesús, de compartir sus testimonios y de compartir la vida en Dios.

La organización fue impresionante. El equipo de la parroquia Fátima hizo prodigios. Sí, es un gran equipo. Me encantaría que los conozcas. Dispuestos, contentos, creativos, detallistas, cálidos y fraternos. Y por sobre todo enamorados de Jesús. Discípulos adoradores que iban de a poquito convirtiéndose en discípulos misioneros. No exactamente convirtiéndose, como si ellos solitos pudieran hacerlo, sino que Dios los iba transformando y ellos se dejaban moldear. Arcilla en las manos de Dios. Pequeños adoradores del Padre.

Qué alegría fue ver a tantos sacerdotes celebrando la misa, la fiesta de Jesús, el banquete celestial en la tierra. Ellos nos compartieron sus testimonios. Nos contaron algunas de las bendiciones que Dios había derramado en sus comunidades, desde su presencia misteriosa y viva en la Eucaristía. Nuevas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, mayor espíritu fraterno en sus comunidades, más participación en las misas, más deseos de recibir los sacramentos, familias más unidas, conversiones, sanaciones, curaciones físicas, mayor caridad con los pobres y tantos otros frutos más.

Jamás olvidaré aquel encuentro, aquellas personas, aquellos sacerdotes y aquellas comunidades tan especiales. Adoradores, discípulos y misioneros.

Una nueva etapa

Quizás aquel encuentro haya sido el broche de oro del fin de una etapa. Y quizás al mismo tiempo haya sido también el puntapié inicial de la nueva etapa que ya irrumpía en mi ser. Algo así como un punto de inflexión. Y creo que sabés de lo que te estoy hablando, ¿no?

Un nuevo proyecto había comenzado. Una nueva propuesta de Dios estaba en marcha. Había dejado la comunidad de misioneros y había abrazado el nuevo desafío al que Jesús me invitaba. No sin miedos, no sin nostalgia por lo vivido, no sin tristeza y dolor. Pero sí, con mucha confianza en Dios. Y sí, no me quedaba otra. Y es que Dios siempre me había sorprendido para bien, aunque al principio yo no lo creía así, no le creía.

¿Por qué no comenzar a enseñar a otros a ser misioneros? ¿Por qué no simplemente acompañarlos? ¿Por qué no descansar de tanto viaje y poder motivar a otras personas a que misionen?

Habían muchas personas con grandes deseos de poder compartir aquel don tan grande. Ellos disfrutaban de Jesús todos los días de la semana, las 24 horas, pero habían otros hermanos que todavía no. ¿Por qué no trabajar junto a ellos? A la par, construyendo algo nuevo. Una misión distinta, una misión para todos. Para jóvenes y viejecitos, para niños y adultos, para las familias.

Y allí comenzó aquella nueva etapa. Con el equipo de Fátima fuimos armando la misión a Iltico. Un pequeño barrio de Concepción. No tenían sagrario. No lo tenían a Jesús. Y lo deseaban. Y querían estar con Él.

Paso a paso fuimos construyendo algo nuevo en el ida y vuelta con aquellas compañeras. Y lo hacíamos a través del diálogo fraterno, intentando descubrir juntos la novedad de Dios, lo nuevo que Dios quería sembrar. Y así fue. Y nunca lo podría haber imaginado.

Familias misionando, tocando las puertas de muchos hogares. Para primero escuchar y luego invitar. Escuchar sus tristezas y angustias. Escuchar sus vidas y sus historias. Y luego compartirles lo vivido, el testimonio personal. "Te quiero invitar a que te encuentres con Jesús. Yo lo vengo haciendo y mi vida ha cambiado. Dios me ha transformado y hoy quiero compartirlo con vos. ¿Te animás? Jesús y nosotros te vamos a estar esperando. No tengas miedo. Jesús se quiso quedar en la Eucaristía para estar con vos. Jesús está vivo y quiere abrazarte con su amor. ¡Dale, animate!"

2 años después

Jamás podría haber imaginado estar escribiendo este nuevo capítulo del libro tras 2 años de haberlo terminado. ¡Parece que el Dios de las sorpresas nunca va a dejar de sorprenderme!

Hoy asoman grandes proyectos en mi vida. Un Jesús que sigue confiando en mi y compartiéndome sus propuestas. Y eso que venía de vivir un año muy difícil. Sí, muy doloroso y a la vez muy sanador. Y qué grande que me ayudó un curita. Y qué importantes esos ratos de estar en silencio con Jesús en adoración. Y qué necesaria la presencia de mis amigos y mi familia.

Te cuento que el año pasado fui preceptor y coordinador de misión en un colegio. Sí, era un deseo profundo de mi corazón que tantos jóvenes puedan encontrarse con el Jesús vivo en la Eucaristía que a mi me cambió la vida. Y fue una experiencia impresionante. La disfruté muchísimo. Me di cuenta que me encanta acompañar a los jóvenes. Y que me apasiona la educación.

Y empecé a cursar un profesorado universitario. Sí, volví a estudiar. ¡Lo que me costó arrancar! Volver a agarrar los libros después de 8 años. Qué difícil.

Al mismo tiempo, surgió una nueva misión eucarística por toda la Argentina. Sí, estamos acompañando a Jesús al encuentro de los más necesitados de nuestro país. ¡Un desafío gigante! Un Dios que nos confía sus proyectos.

A Jesús lo llevamos en una custodia de madera. Sí, de madera, bien sencilla, es como un pequeño pesebre. La custodia tiene la forma de la Argentina. Sí, una mini Argentina y en el centro Jesús. En el corazón de nuestra patria, Jesús Eucaristía. Y es que queremos que todos estemos bien unidos en Jesús. Y que busquemos lo que nos une. Una misión bien fraterna, una misión para compartir. Y en especial para llevarles a Jesús a tantas personas que están sufriendo mucho, que están solos, que están abandonados, que están enfermos, qué están en una cárcel. Y si, lo que nos pide especialmente nuestro querido Papa Francisco.

Y aunque no lo creas, sigo recorriendo el país. Estuvimos misionando en San Nicolás (Bs As), Concordia (Entre Ríos), Ushuaia (Tierra del Fuego), Embarcación (Salta), San Miguel de Tucumán, Concepción (Tucumán), Retiro, Beccar, San Fernando, El Talar, Exaltación de la Cruz, Luján, Belgrano, Palermo, Lobos, Floresta, Villa Tessei, Morón y Merlo.

Tan lindos y emotivos reencuentros en comunidades con las que había compartido la misión de las capillitas, y nuevas comunidades que nos abren su corazón en cada misión. Y con un nuevo equipo, y con un nuevo ritmo de misión. Ahora misionamos una vez por mes.

Y hasta estamos trabajando junto al equipo organizador del Congreso Eucarístico Nacional. Sí, se va a hacer este año en Tucumán. Qué manera de festejar los 200 años de la Independencia. ¡Qué gran acontecimiento para la Iglesia Argentina!

Y como si todo esto fuera poco, ya surgió el primer equipo diocesano de esta misión eucarística. Es en Concordia, Entre Ríos. ¡Qué regalazo! Un matrimonio misionero, un curita que los asesora, un obispo que los envió a misionar por toda la Diócesis, una réplica de la custodia elaborada por un artesano de la zona y una comunidad que los alienta y acompaña. ¡Qué increíble!

También hay un proyecto que está naciendo que se llama "Jesús vivo". Se trata de una plataforma de evangelización que ofrece múltiples y novedosas propuestas para tu encuentro personal y comunitario con Jesús vivo en la Eucaristía. Y es que es un deseo muy profundo de mi corazón que vayamos caminando juntos hacia una cultura eucarística. Sí, algo soñado, una cultura eucarística. Y ya lanzamos un cd con canciones de adoración y reflexiones eucarísticas. Sí, un cd. Algo que jamás hubiera imaginado.

Por último, me encantaría compartirte una novedad muy reciente. Hace ya un tiempo que vengo sintiendo en el corazón el deseo de luchar contra la pobreza, de estar cerca de los más necesitados, de trabajar para que todos puedan tener las mismas oportunidades. Y es por ello que voy a empezar a trabajar en el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Me da mucho miedo dar este paso, pero confío en que Jesús no me va a defraudar, porque nunca lo hizo. Sino todo lo contrario, siempre me propuso caminos apasionantes y donde pude compartir con entusiasmo y alegría los dones que me regaló.

Nunca podría haber ni soñado esta nueva etapa de mi vida. Ahora ya en Buenos Aires, más cerca de mi familia y mis amigos de toda la vida. Con una nueva misión, tan especial, tan impresionante, tan a la medida de mi corazón y mis anhelos más profundos. Con el gran desafío de trabajar en el área de desarrollo social. Con un mega proyecto de evangelización que de solo pensarlo me emociona y apasiona. Y con la confianza de que Jesús me seguirá sorprendiendo con sus grandes proyectos de felicidad.

El Dios de las etapas y los ciclos. El Dios del instante presente y de los caminos apasionantes. El Dios que hace nuevas todas las cosas. El Dios que hace vibrar mi corazón a cada paso. El Dios de mi vida que me transformó el corazón y me desborda de alegría. El Dios cercano que me invita a compartir la vida con mis hermanos.

Algunas postales de mi vida

Viaje a Ginebra a conocer la industria bancaria y financiera suiza (abril 2009)

Recorriendo Asís, Italia, en el viaje a Europa (nov. 2009)

Mis amigos del colegio, los de toda la vida.

Con mis primos Anto, Nacho, Agus y Fran en Abayubá, Uruguay.

Mi querida familia en Costa Esmeralda, Bs. As, Argentina.

Surfeando en el mar argentino, disfrutando las olas y la creación de Dios.

En el fin del mundo con el p. Marcelo, mi tío Pato y Sebastián.
Misión en Ushuaia, Tierra del Fuego, Argentina (marzo 2010).

Compartiendo un mensaje eucarístico en la Fiesta
de la Virgen de San Nicolás (25 sept. 2011)

La Hermana Bernardela y las Hermanas Camilas con Jesús
Concordia, Entre Ríos, Argentina (marzo 2012)

Sin guitarra en mano. El padre Miguel Soria.
Juan Bautista Alberdi, Tucumán, Argentina. (julio 2012)

La capillita de Antofalla. Jesús y sus pequeños
en Catamarca, Argentina (octubre 2012).

Con la Madre Benita y su comunidad, Antofagasta de la Sierra,
Catamarca, Argentina (octubre 2012).

El nuevo proyecto de Dios.
La Misión Eucarística x Argentina

Adoración Eucarística en la Parroquia Sagrada Familia,
Ushuaia, Tierra del Fuego (1 mayo 2015)

Junto al Equipo Misionero Diocesano de Concordia,
Entre Ríos (12 septiembre 2015)

Agradeciendo

Muchas gracias a mis queridos padres por dar el sí a la vida y transmitirme su fe con alegría. Muchas gracias a mis dos hermanas por acompañarme fielmente en mi camino. Muchas gracias a mi queridísimo hermanito del cielo por su presencia desde allá arriba.

Muchas gracias a mis queridos primos por su apoyo incondicional. Muchas gracias a toda mi familia por su gran afecto y sus constantes oraciones. Muchas gracias a mis grandes amigos y amigas de la vida por estar presentes, sin quizás entender mucho.

Muchas gracias a todas las personas que me abrieron su corazón con tanta ternura. Muchas gracias a todas las comunidades que se animaron a compartirme sus vidas y sus testimonios.

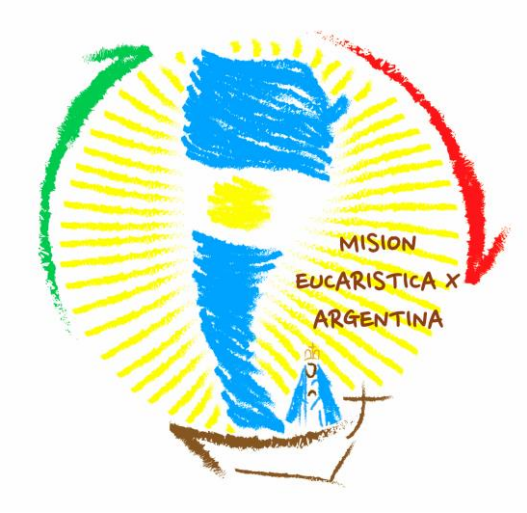
Muchas gracias a todas las personas que me alentaron con gran entusiasmo a escribir este libro y me ayudaron pacientemente con las correcciones y sugerencias. Muchas gracias Jesús.

¡Y muchísimas gracias a vos por tomarte un tiempo para leer este libro y así permitir que te comparta mi vida!

Unidos en Jesús. Abrazo fraterno.

Martín

"Navega mar adentro y echa las redes". Lc 5, 4



Misión Eucarística x Argentina

"Refundemos nuestra Patria
con Jesús Eucaristía

www.misioneucaristica.org

Vos también podés sumarte y ayudar a que podamos seguir recorriendo la Argentina acompañando a Jesús en la custodia misionera, para que todos nuestros hermanos, especialmente los más pobres, enfermos y marginados, puedan encontrarse con Jesús vivo en la Eucaristía.

Podés hacernos tu pedido de libros y compartirnos lo que te despertó, sentiste y resonó en el corazón al leerlo, a la siguiente dirección de correo: misioneucaristica.ar@gmail.com

Jesús vivo

"Propuestas de Evangelización
hacia una Cultura Eucarística"

www.jesusvivo.org

Si querés, podés disfrutar este libro en su versión digital, descargándolo en el sitio web de la Plataforma de Evangelización "Jesús vivo" (Leamos).

Aquí también encontrarás múltiples propuestas para tu encuentro personal y comunitario con Jesús vivo en la Eucaristía.

Este libro fue impreso en: "La Imprenta Digital SRL"
www.laimprentadigital.com.ar
Calle Melo 3711 Florida, Provincia de Buenos Aires
En el mes de septiembre del año 2016

¿CÓMO RESUMIR E INTENTAR PLASMAR LAS VIVENCIAS DEL CORAZÓN? ¿CÓMO PINTAR EN PALABRAS HECHOS QUE MARCARON A FUEGO MI VIDA? DIFÍCIL TAREA, PERO ACEPTO EL DESAFÍO. ¡Y ACÁ VOY!

Este libro es un testimonio inspirador sobre la vida de un joven que se anima a encontrarse con Jesús vivo en la Eucaristía y tiene el coraje de confiar y entregarse de corazón a la misión que Dios le propone cada día.

Tras superar muchos miedos e inseguridades, logra renunciar a su exitoso trabajo en las finanzas para lanzarse a una aventura desconocida. Y así, con gran alegría, sencillez y entusiasmo nos comparte la apasionante experiencia de misionar por 4 años junto a una pequeña comunidad, organizando capillas de adoración eucarística perpetua en Argentina y Chile.

En estas páginas Martín nos invita apasionadamente a disfrutar de nuestro encuentro personal con Jesús Eucaristía y a descansar en su tierno corazón. Así podremos escuchar los grandes proyectos de felicidad que Dios soñó para cada uno de nosotros. ¡A navegar mar adentro y echar las redes!

"QUIEN LEA ESTE LIBRO SEGURAMENTE VA A SENTIR QUE MARTÍN LO ESCRIBIÓ ESPECIALMENTE PARA ÉL. ES UN MIMO PARA EL CORAZÓN, UN REGALO PARA EL ALMA."

ISBN 978-987-42-0986-3